

Reproducción

Número 95. — Tomo V.

10 de Junio de 1923.

Director:

Elias Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 250

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memoandums

Facturas

Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

No. 95 * 10 de Junio de 1923 * Tomo V

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Los Bárbaros Modernos

por Wilbur C. Abbott

Todos somos más o menos socialistas al presente, declara el autor. No es al socialismo moderado a quien debemos temer, sino a aquel grupo subversivo, de tendencias violentas, disfrazado con la capa del socialismo, y que pretende desquiciar los cimientos de la civilización. A este grupo califica el escritor de "bárbaros modernos." Sin saber exactamente a lo que se refieren, denuncian el "exceso de civilización" y preconizan el "retorno a la naturaleza," intentando así aniquilar la obra de muchos siglos y muchas generaciones. En nombre de la "justicia social" proclaman la doctrina de la igualdad, descontando el hecho de que la ley natural implica desigualdad física y mental entre los hombres. Tienden a separar el presente del pasado, y a enajenar el porvenir en obsequio a teorías que no han pasado por el tamiz de la prueba. Son más terribles que los bárbaros de Atila, porque estos sólo perseguían el derrocamiento del poder material y los otros aspiran a la conquista del pensamiento: es una lucha de músculos contra cerebros, de masas contra intelectos. Y, en realidad, a lo que tienden es simplemente a invertir el orden de los factores con resultados desastrosos para el mundo.

La Redacción de *Inter-América*.

Es evidente que vivimos en una época no sólo de revolución sino de

rebelión. Hemos presenciado el surgimiento de un arte que prescinde de la línea, el color y la perspectiva, arte semejante e inferior al del hombre primitivo; una escuela de música que ignora la belleza y la armonía, repercutiendo los salvajes ecos del tamtam del Africa Central, acompañados de danzas que causarían sonrojo en una bacanal, y de letra adecuada a capacidad intelectual apenas superior a la del negro cimarrón. Leemos novelas más sutilmente decadentes que la literatura del corrompido imperio romano en su declinación, y poesía inferior en forma y substancia a la de nuestros remotos antecesores teutones. Escuchamos ensalzar normas morales semejantes a las de un rebaño de ganado salvaje; y oímos a críticos y pseudo-pensadores encomiar tales manifestaciones como la última palabra del refinamiento artístico y filosófico. Es nada menos que—a la verdad, así lo proclaman muchos de sus devotos—un retorno a lo primitivo, una protesta contra el “exceso de civilización,” un “retorno a la naturaleza”, más radical todavía que el pre-

dicado en el siglo décimooctavo por los profetas de la revolución.

Y, ¿qué quieren decir con “exceso de civilización”? ¿Se refieren, por ventura, a que podemos producir artículos en menos tiempo y en mayor cantidad de lo que antes hubiera logrado el hombre; a que podemos trasladarnos de un lugar a otro por motivos insignificantes con más celeridad de lo que el hombre hiciera en otro tiempo; a que estamos multiplicando casi hasta la asfixia la especie humana y extinguiendo los espacios desiertos, los “pulmones de la tierra”, con mayor rapidez de lo que jamás se hubiera realizado; a que, habiendo conquistado el mar y la tierra y exterminado sus otros seres tan de prisa como es posible, procedemos ahora a la conquista del aire, sin más objeto que nuestro bienestar material? ¿Somos más ilustres que nuestros antecesores en algún respecto, salvo el material?

Prescindiendo del enorme progreso mecánico del siglo pasado, ¿qué nos resta? Solamente Buda y Confucio y Mahoma y Cristo; solamente Homero

y Virgilio y el Dante, Shakespeare y Milton, Goethe y Schiller, Corneille y Molière; sólo Copérnico y Galileo y Newton; da Vinci y Rafael y Ticiano y Miguel Angel, Rembrandt y Rubens, Velázquez y Van Dyck; solamente, si se quiere, Alejandro y César y Carlomagno y Napoleón. Solamente esa larga descendencia de hombres que desde el tiempo de Pericles y Platón, de Eurípides y Aristófanes y Fidias, nos han hecho lo que somos. Somos grandes porque nos levantamos sobre los hombros del pasado; nuestra gloria mayor es que el hombre es el "archivero de las edades," que, a diferencia de los demás animales, preserva la obra de las generaciones y de esta manera efectúa su progreso. Muchas voces nos instan para que olvidemos esto. Ciertamente, declaran los profetas del nuevo orden, nosotros somos el pueblo, y la sabiduría ha comenzado con nosotros. Tal es el clamor de los bárbaros modernos, ebrios de materialismo(1): la desdeñosa igno-

(1) Se da aquí a la palabra materialismo un sentido que no tiene que ver nada con el concepto metafísico.—E. J. R.

rancia del pasado por los frutos del industrialismo que carece de pasado. Sin embargo, contrariamente a la aparente convicción de muchos de estos profetas, la edad de la razón no empieza hace treinta años.

No solamente es la vulgaridad primitiva, empero, lo que nos amenaza con el hundimiento. Hemos contemplado el advenimiento de religiones pseudo-políticas preconizando experimentos gubernativos desacreditados por la experiencia de cincuenta siglos y tratando de persuadir a los hombres, no sin resultado, para que arrojen a un lado los frutos de la experiencia y destruyan, en nombre de la "justicia social", el edificio que hemos levantado. ¿Llegarán a prevalecer? Esa no es cuestión puramente "académica". Hubo un tiempo, cuatro años ha cuando mucho, en que parecía que los bárbaros modernos arrollarían a Europa como la arrolló el Flagelo de Dios con sus hunos hace cerca de quince siglos. Han arrastrado a Rusia fuera de la corriente de la civilización. Sus doctrinas han encontrado exponentes en muchos países, del

mismo modo que Atila reclutó sus legiones entre los godos y alemanes y gépidos. Han encontrado traidores dentro de las filas de la civilización para ayudarse, lo mismo que Atila los encontró en Italia. Pero de igual modo que éste tropezó con la derrota en el campo de Châlons a manos de los restantes fieles a las tradiciones, sus sucesores han tropezado con derrota tras derrota, en los años transcurridos desde 1918, a manos de idéntico elemento. Queda por atender a que estos nuevos bárbaros, a diferencia de los antiguos, no encuentren nuevas tierras que conquistar. El peligro que representan para el mundo es todavía mayor que la amenaza de Atila: éste perseguía únicamente el derrocamiento del poder material; sus sucesores persiguen la conquista del pensamiento. Y si realizaran sus aspiraciones, el reloj de la civilización se atrasaría no siglos, sino edades.

Destruirían en primer lugar la odiada "burguesía", esa "gangrenada porción del cuerpo político", la clase media. ¿De qué elementos se compone la clase media? No es, como

muchos afirman, un grupo de individuos clasificados en conjunto por alguna cualidad peculiar que distinga del común de los humanos, como la supuesta aristocracia de los oradores revolucionarios. A diferencia de esta aristocracia, la clase media se jacta muy poco del nacimiento y menos todavía se rige por la tradición. A decir verdad ha sido el enemigo más acerbo del linaje como cualidad única, y de las añejas tradiciones, puesto que ha iniciado los movimientos que tendían a su destrucción. No representa un grupo exclusivo, puesto que ninguna de las otras clases, ni la aristocracia ni el proletariado, constituye agrupación tan cambiante como ésta, que agrega constantemente a sus filas elementos reclutados en esferas superiores e inferiores de la sociedad, y comprende cien categorías diversas desde el capitalista al artesano.

En las acusaciones lanzadas por sus enemigos se la ha identificado por completo con su producto, el capital. Pero el capital no es la piedra de toque de la clase media; con más propiedad puede decirse que esta

clase tiene algo más que ofrecer aparte de músculos o linaje. Se compone de elementos acostumbrados a depender de sí mismos más que de ajenas circunstancias (como el nacimiento, la riqueza, la caridad, o el apoyo del Estado): elementos capaces, enérgicos, ambiciosos, independientes, altivos y conscientes; individualistas, por consiguiente, y con ideas definidas, más bien que sujetos a emociones en masa. Esta clase es, en gran medida, la que nos ha hecho como somos. Ha pintado los cuadros y escrito los libros, poniendo de manifiesto las nuevas ideas del mundo. De su centro han brotado los descubridores y los caudillos del pensamiento y la acción los inventores y, al presente, los capitalistas. La clase media es la que ha llevado adelante el progreso de la vida. Además, y principalmente, es la "archivera de las edades," no el libro cerrado ni el elemento destructor del tiempo; porque ni tiene la obsesión del pasado como la vieja aristocracia, ni trata de abolir el pasado como lo intenta esta "clase proletaria." Con todas sus faltas, constituye no sólo el

grupo más inteligente, más abnegado, más constructivo, sino también el más numeroso en nuestros días, porque incluye a todo hombre que cree en las virtudes de antaño, en las llamadas trivialidades de la experiencia, y al mismo tiempo tiende hacia lo nuevo.

Esta clase, con su acumulación no sólo de riqueza sino de sabiduría, es la que los bárbaros modernos tratan de eliminar o conquistar, porque saben bien que, careciendo de este apoyo su causa está perdida. Supongamos que lograsen su empeño; supongamos que llegaran a dominar los instrumentos de producción y distribución que sirven de base a nuestro sistema industrial. ¿Seguiría el mundo, conforme lo conocemos, el rumbo que sigue en la actualidad? ¿Volvería simplemente al estado de los negocios previo a la revolución industrial? ¿O se hundiría en el salvajismo primitivo? Estos tres resultados se han profetizado, y se profetizan.

No es necesario discutir el asunto tomando el ejemplo exclusivo de Rusia. Si fuera posible detener la obra destructora en el siglo décimoséptimo,

pongamos por caso, echaríamos indudablemente de menos las comodidades y ventajas de la vida moderna, pero saldríamos gananciosos. No tendríamos proletariado; puesto que, evidentemente, se agotarían las fuentes del proletariado. Sin el industrialismo habría una disminución enorme de población, no en el campo sino en las ciudades. El industrialismo ha producido este proletariado. La declinación y caída del industrialismo lo terminarían. Sin duda alguna el mundo se beneficiaría en muchos respectos con tal holocausto. Los grandes y perturbadores elementos de la vida moderna, la aglomeración de las ciudades, la tendencia sensacional de la prensa, los incapaces que dependen de la beneficencia, las concesiones a los menos deseables elementos de la humanidad: todo esto desaparecería, y fenecería el proletariado en razón de su mismo éxito.

Fenecería, a menos que arrastrara consigo en su caída el edificio entero de la sociedad, a menos que, como en Rusia, la raza humana quedara reducida a sus factores más bajos, de-

dicándose al cultivo elemental de la tierra como único refugio contra la extinción. Y si el edificio de la civilización se derrumbara, ¿qué porvenir esperaríamos a la clase media? De todos los elementos sociales es el único que podría afrontar la situación con mayor ecuanimidad; porque, si no la exterminaban antes sus enemigos, purgada de su escoria, cumpliría sus destinos. Las cualidades que la han hecho lo que es bastan no sólo para que sobreviva sino para que triunfe. Los bolchevistas tienen razón. El único medio de prevalecer sobre la clase media es exterminarla; pero inmediatamente reviviría, porque es un espíritu y no una clase de individuos. Aun el mismo Karl Marx, el gran sacerdote del bolchevismo, ¿no ha pronosticado acaso que ningún grupo social puede jamás ser derrumbado hasta que se haya agotado por completo su posible contribución a la sociedad? Y, ¿quién se atreverá a decir que la clase media, siquiera sea en su odiada manifestación de capitalismo, ha llegado ya al final de su cometido? Por cierto que no lo dirán los socialistas

ni es a ellos a quienes nos referimos, sino más bien a aquel vago grupo, de tendencias más violentas, que hemos aprendido a calificar de subversivo. Pocos de nosotros somos opuestos al socialismo, en su sentido más moderado, porque, en uno u otro respecto, todos somos socialistas al presente. Entre todas las manifestaciones de la opinión pública el socialismo es, a la verdad, la única que no ha logrado encarnarse en una forma de gobierno tangible o concreta. No nos adelantará mucho el declarar que esto es así porque, como el cristianismo, representa una creencia. No llega a ser una verdadera religión porque carece del elemento espiritual, y es difícil hacer una deidad del vientre. Posee y adquiere fuerza paulatinamente, pero en calidad de correctivo para los males del excesivo individualismo, y no como panacea para todos los males gubernativos. Encierra verdad, pero verdad todavía obscurecida por mucho error, y no verdad en su plenitud. Ni será tampoco plenamente aceptada, porque no estamos dispuestos a admitir la igualdad de condi-

ción en vez de la igualdad de oportunidades. No estamos preparados a cambiar ni siquiera nuestros males presentes por una dictadura del proletariado, ni aceptar un dogma material como guía de la consciencia. Pero no es al verdadero socialista a quien debemos temer: es a la sombría influencia de los subversivos, disfrazada ahora de socialismo

Algo puede decirse en favor de los nuevos bárbaros. La "burguesía", contra cuya dominación protestan, tiene los defectos de sus cualidades. La misma individualidad agresiva, la ambición y habilidad que hacen triunfar a sus miembros, han dado lugar al egoísmo, a la ostentación vulgar, a las características que provocan denuncias de los agitadores, y problemas que resolver.

Sin embargo, no es allí donde reside la dificultad principal. El gigantesco mecanismo industrial edificado por la clase media tiende a desarrollar un descontento que ningún mejoramiento de salarios o condiciones será capaz de aminorar; y se augura que la neurosis del mundo puede for-

zar a un retroceso a condiciones más naturales, y a consecuente reducción de la industria. Escuchamos cómo escarcece la antigua doctrina del trabajo y sus bendiciones una generación que, al trabajar, sólo tiene en mientes la paga; que persigue el placer como el objeto principal de la vida. Oímos extraños clamores de "guerras capitalistas," a pesar de que el capital progresa en la paz y se destruye con la guerra. Oímos que la clase obrera denuncia la guerra, a fuer de que sus miembros sufren más que nadie las consecuencias; y, sin embargo, es opuesta al desarme. Atravesamos aquel estado de ánimo que presupone que el hombre, por el exclusivo hecho de haber nacido y llegado a la madurez, tiene derecho a todas las satisfacciones y comodidades de la vida. Observamos que se echa abajo la línea divisoria entre el obrero apto y el inepto. Y porque los hombres han aprendido a leer noticias de asesinatos y deportes, numerosas agencias les han incitado a creerse altamente ilustrados.

A este espíritu apelan los agitado-

res, alimentando el descontento por todos los medios posibles para lograr sus propios fines. Proclaman que el adelanto de la civilización es obra del trabajo manual y no de la inteligencia; que a favor de la astucia y el dolo se arrebatan sus frutos a los verdaderos arquitectos. Predican la doctrina de músculos contra cerebros, de masas contra intelectos, a pesar del hecho evidente de que no existe virtud especial o sagrada en el esfuerzo muscular, ni sabiduría conclusiva en la tabla de multiplicación. Tal concepción representa la última fase de la doctrina de la igualdad: la igualdad del animal humano.

Con todo, aun entre los animales hay desigualdad. La hormiga no puede todavía rivalizar con el elefante; todos los leones no poseen igual fuerza, ni todos los zorros igual astucia. Los rebaños tienen un caudillo, y así mismo lo tienen las manadas de lobos. Del mismo modo necesitan tenerlo las masas. ¿Habrán de ser guiados los hombres por aquellos de sus semejantes que posean mayor fuerza y sagacidad, pero que al mismo tiempo sólo

tienen moralidad e inteligencia animal? Hay gran peligro de que así suceda, como lo atestiguan muchas de las elecciones recientes. ¿Qué pueden hacer las clases inteligentes, que manejan grandes empresas, que sostienen las mismas instituciones filantrópicas que hacen posible la supervivencia del elemento más débil, qué pueden hacer frente a las hordas bárbaras de la industria, empujadas, como Atila empujaba a sus hunos, al despojo de una civilización próspera? Es muy raro que hombres de aquellas clases atraigan a las masas, y es todavía más raro que las masas los elijan como sus representantes.

Este sombrío cuadro que pinta el misántropo tiene, sin embargo, otro aspecto, y es que, en última instancia, no ha sido vana la obra de los siglos. Las legiones industriales son excedidas por otras legiones. La desazón mayor de los subversivos es que los burgueses son demasiado fuertes; que la ceguera de los conservadores—agricultores, comerciantes, empleados, agrupaciones de hombres de negocios y profesionales—obstruye su acepta-

ción de la doctrina del caos y la igualdad, la igualdad gregaria del proletariado; que el experimento de su fuerza ha servido sólo para revelar la independencia de su labor, y no la dependencia que con tanta certeza se había expresado y tan ampliamente se había creído.

Sin embargo, hay algo todavía más profundamente verdadero que la inesperada fortaleza e independencia y espíritu militante de la burguesía. Quizá las revoluciones no son otra cosa, como observaba Napoleón, que la transferencia de propiedades de una mano a otra; pero ninguna revolución basada puramente en este principio ha logrado triunfar hasta el presente. Existen fuerzas más profundas que las descubiertas por revolucionarios y economistas, leyes fuera del alcance de la visión de los mismos políticos. Y una de éstas es la influencia del pasado y la influencia del porvenir. Es allí donde la nueva escuela se encuentra en conflicto con los resortes más ocultos de la naturaleza humana: tales estímulos no pueden expresarse simplemente en términos de la propiedad.

En gran parte de la agitación actual se descubre un elemento prominente: la tentativa de separar el presente del pasado y de enajenar el porvenir en obsequio a teorías que no han pasado por el tamiz de la prueba. De acuerdo con la lógica, si todos hemos de ser iguales, esta igualdad debe comenzar indudablemente desde la cuna. Cada generación, conforme se sucede, debería proscribir toda ventaja innata a sus miembros. Esto eliminaría naturalmente la herencia, la posibilidad de transmitir a los hijos todo aquello que los padres hubieran adquirido. Llevada la proposición a su conclusión extrema, debería asimismo privarse a todo individuo, de las ventajas incidentales que se derivan del cuidado paterno o materno. Los partidarios de la nueva utopía no se han retraído ante esta conclusión; y con aparente seriedad han propuesto el establecimiento de hospitales públicos y aun planteles de párvulos, donde se permitiría, y hasta se exigiría, que el Estado se haga cargo de la crianza de los niños, siguiendo el ejemplo de Esparta, de muy poco bendita me-

moria. De esta manera se perfeccionaría la abolición del pasado y del futuro. Desnudos vinimos al mundo y desnudos hemos de salir.

Mas esto no aseguraría, en verdad, una igualdad absoluta de condiciones mientras estamos vivos, la cual sólo podría obtenerse mediante una legislación que prohibiera la superioridad natural o la expresión de dotes susceptibles de granjear ventajas sobre los demás. Pero aun esto tiene respuesta conclusiva, ya que no convincente. En primer lugar, la de los bolchevistas, que aseguran la igualdad por medio de la eliminación. En segundo lugar la de los socialistas, quienes declaran que bajo las nuevas condiciones no habría individuos ordinarios: todos serían superiores. Estos no son ejemplos imaginarios. El primero es demasiado verídico; en cuanto al segundo, escuchemos al decano de los socialistas ingleses, Mr. Hyndman:

Es imposible detenerse antes del socialismo completo, es decir, antes de que estén bajo el dominio de la colectividad todos los grandes medios e instrumentos de producción y distribución. . . . Los problemas

de la sociedad, en cuanto se refiere a la vida y sostenimiento diario, no se verán entonces afectados en ningún respecto por valores monetarios, sino que la clase obrera se dedicará a este o aquel ramo de producción que más se adapte a los deseos de la comunidad. . . . La norma de vida para todos y cada uno será superior a todo lo que se haya alcanzado o sugerido hasta el presente. . . . La cuestión de pago o remuneración quedará descartada. Una nueva concepción de la dignidad del hombre y de la honra del servicio social ocupará indudablemente el lugar de sórdidas nociones de provecho personal. . . . Es innecesario mencionar la nueva ética que inevitablemente surgirá de un comunismo científico e ilustrado. Casi todos los crímenes del decálogo se originan en la propiedad. Destruyendo el incentivo, los crímenes desaparecerán. . . . Con la eliminación del trabajo excesivo y la ansiedad, se brindarán posibilidades infinitas para el desarrollo de las facultades superiores a los excepcionalmente dotados, al paso que todos se hallarán en situación de usar y gozar de sus propias capacidades. "Descanso y placer en amplia medida" estarán al alcance de todos y cada cual. . . . No teniendo nadie motivos para sentirse rebajado por su trabajo o por su medio, todos respirarán una fresca atmósfera de alegría en que el ideal se fundirá insensiblemente con la realidad.

Es, en verdad, un cuadro seduc-

tor, trazado en lenguaje destinado a despertar en todos la esperanza de vivir sin trabajar, lo cual constituye al presente el ideal de muchos. Sólo deja fuera la naturaleza humana y la realidad. Solamente omite el hecho de que, sea lo que fuere lo que el porvenir aporte, no ha habido hasta ahora sociedad comunista alguna que revelara elementos de progreso o contribución cualquiera a la civilización; y el hecho ulterior de que la ley natural no es ley de igualdad sino de desigualdad física y mental entre los hombres. Más aún; es un hecho cruel, quizá brutal, el de que la civilización se ha basado en la desigualdad y en la clasificación que de allí se origina; y por más laudable y necesaria que sea y haya sido la cooperación, por más que llegue a extenderse, por preferible que fuera como concepción filosófica, la rivalidad es el mayor estímulo para la plena expresión de la capacidad humana en general. Y si hemos de alcanzar el inerte nivel —por más elevado que sea— de una igualdad asegurada, estudiemos no sólo las profecías del futuro sino las

lecciones del pasado; reconozcamos que esta nueva concepción oculta nada menos que un esfuerzo no hacia la igualdad, sino hacia la supremacía de una clase, que, según las propias palabras de Mr. Hyndman, encontrará, "tan fácil, no, más fácil, que los obreros exploten en beneficio propio los mejores cerebros de la comunidad, como lo es para los capitalistas el aprovecharlos para sus fines particulares." Allí, más que en la nueva utopía, reside la clave del asunto.

(*The Yale Review*, Enero de 1923.)



Miscelánea

De los artículos de actualidad leídos últimamente, algunos me han llamado mucho la atención.

1.^o—El publicado por «Vincitor» en *La Verdad* del 10 de mayo. En él demuestra su autor cuán contrarias son la *protección de la enseñanza* por el Estado y la *conversión del Poder Ejecutivo en supremo centro universita-*

rio. Copio ahora algunas palabras del artículo:

«Todo pensador sensato, sabe de coro, que, eso del *Estado Docente* no es más que un adefesio mayúsculo»...

(Borro lo de

«en la moderna democracia igualitaria»,

etc., pues tales expresiones me dan asco).

«Porque el *Estado Docente*, es decir, empresario de Enseñanza Secundaria, mata o trata de matar de manera ilógica y hasta inicua, LA COMPETENCIA DE CENTROS DOCENTES de enseñanza secundaria, que da por resultado el prestigio de los que sirven y la caída y muerte de los que no valen como tales.»

«Cuando un gobierno es empresario de Enseñanza Secundaria, dirigen esos planteles o hay peligro de que los *dirijan*, no los *más competentes y dignos*, sino los más adictos al Gobierno, aunque no entiendan de la misa la media. Son esos puestos prebendas carísimas en las que se dispendia, no el dinero de un candidato, ni de un partido, sino de la Nación entera, con los mirajes de la amistad o la familia antes que la dignidad y competencia para un puesto.» Además, es bien sabido que el Estado como

empresario, es desastroso: Basta que emprenda algo, para que eso, cueste diez veces más de su legítimo valor».

De todas las empresas que debieran ser confiadas a la iniciativa privada, ninguna es más santa que la enseñanza; ninguna es más digna de la libre emulación, que permitiría el surgimiento de institutos de distintas índoles, diferenciados en sus formas y en sus fines, tales cuales los requiere el progreso moral de un país.

2.^o—El artículo publicado en el *Diario del Comercio* del 15 de mayo por el joven estudiante de farmacia don Manuel Quirós Calvo. En él rebate el señor Quirós al profesor de historia natural don Hemel Jiménez Segura, haciéndole ver la oposición biológica que hay entre «*división del trabajo*» y «*desorganización*» y la oposición política que hay entre «*descenralización*» y «*desgobierno*». Una cosa es, en efecto, transferir autoridad a corporaciones legalmente estatuidas, y otra cosa es abandonar el mando de que se está investido, en manos de simples subalternos, sin responsabili-

dad constitucional y arbitrariamente escogidos.

*

Con su nombre propio: *La amenaza del sub-hombre*, está circulando entre nosotros la reproducción de un importantísimo trabajo de Lothrop Stoddard. Calurosamente felicito al autor de este esfuerzo por el bien del país. Si él está al tanto de mi débil labor de los últimos 20 años, comprenderá de golpe la sinceridad de mi aplauso y la simpatía que tal vez nos une.

*

De lo que debieran guardarse mucho los eugenistas, es de llamar en su ayuda al Estado. Si el Estado se entremete—a oscuras como está siempre acerca de la mayor parte de las cosas,—la eugenesia acabará en otra caco-genesis, tan funesta o más que la actual.

*

Las *pruebas mentales*, inventadas para medir la inteligencia de los niños, hacen reír al biólogo que conoce la complejidad del funcionamiento de

los órganos, así se trate de los que desempeñan el más simple papel. Aplicadas a los adultos, las tales pruebas son más que ridículas, absurdas.

*

Addington Bruce, conocido escritor de Toronto, hablando de las medidas de mejoramiento que él juzga preferibles a las preconizadas por los eugenistas caídos en el estatismo, dice: «Creo que estas medidas son indispensables para reducir la *deplorable torpeza y falta de madurez mental* que, aunque exagerada en los datos de que parten los eugenistas, *hay que admitir que se extiende en forma alarmante*». Y más allá agrega: «Según lo saben ya quizás todos en nuestros días, un desasosiego extraño y peligroso cunde en las naciones de la tierra. Su expresión más amenazadora es la difusión del llamado movimiento bolchevista, que, dominando ahora Rusia, se manifiesta activo o latente en todas partes».

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

REPRODUCCION

Segunda serie.—Tomo V.—Nos. 80 a 95
10 de junio de 1922 a 10 de junio de 1923

Indice de autores

	<u>Págs.</u>
Abbott, Wilbur C.....	Bárbaros modernos. 469
Alvar.....	Suiza..... 263
Amicis.....	¡Oh niños!..... 165
Aristóteles.....	Educación..... 299
Benavente..... 232
Bergson.....	El pasado..... 7
Bernard, Claudio.....	Determinismo..... 164
Bruce, Addington..... 494
Bruce, Barton.....	La escuela..... 353
Conan Doyle.....	Espiritismo..... 91
Cuthbert (el padre)..... 8
Donoso, Armando.....	Alejandro Venegas.. 419
Einstein.....	Pacifismo..... 456
Feuillet, Octavio.....	Trabajo..... 460
Fouillée.....	Las razas..... 437
Gaziel.....	Impuestos..... 150
Geikie, A..... 204 bis
Goldschmidt, Alfonso. ...	Economía..... 318
Goldsmith, P. H.....	Educación en el país. 457
Humboldt.....	A. Jacques..... 310
Hunt, H. T.....	Democracia norteamericana... 212
Ingenieros, José.....	Valor del tiempo... 434
Jayne Hill, David.....	Ideales internacionales..... 169
Jefferson, J..... 9
Jiménez Rojas, Alfonso... ..	La Universidad..... 205
» » ».....	Delitos de incendio.... 325-445
» » ».....	Adm. judicial..... 416
Jiménez Rojas, Elías.....	Neutralidad..... 15
» » ».....	Controversia con R. J. O.... 17
» » ».....	Espiritismo..... 121
» » ».....	¿Metafísica?..... 138
» » ».....	Yo ignoro..... 197
» » ».....	Pasteur..... 341
» » ».....	Partidos de «ideas».. 389
» » ».....	Educación en el juego 391
» » ».....	Vasconcelos..... 463
Diversas notas.. 71-92-156-185-227-229-266-287-319- 350-358-372-376-396-436 bis-490	

Junoy, R.....	Pedantería.....	459
Kelly, F. C.....	Flaquezas.....	141
Le Bon, Gustavo.....	Espiritismo.....	114
»	Socialismo.....	204
Lubbock.....	Auto-educación.....	352 bis
Lugones, Leopoldo.....	Voto en blanco.....	367
Martí, José.....	Oro de fuera.....	293
Maupas, Leopoldo.....	Escepticismo.....	294
»	Duda psicológica.....	352 bis
Maxwell.....	Espiritismo.....	134
Mercante, Victor.....	Scalabrini.....	381
Montaigne.....	El colegio.....	164
Montalvo.....	266
Nelson, Ernesto.....	Educación.....	297
Nicolai, J. F.....	La vida.....	315
Nordmann, C.....	Einstein.....	289
<i>Nueva Revista</i>	Edificios escolares.....	435
Ostwald, W.....	Los inventores.....	232
Palacio Valdés, Armando.....	Triunfo del cristianismo.....	269
Palavicini, J. J.....	Libertad docente.....	231
Pérez de Ayala, R.....	Fiesta de la raza.....	268
Ponce, A. N.....	Amadeo Jacques.....	310
Prevost, Marcel.....	Espiritu de la mujer.....	1
«Quintiliano».....	De Tocqueville a Wilson.....	211
Ramsay, W.....	Edad de Oro.....	204 bis
Reclus.....	Revolución.....	9
Repplier, Inés.....	De educación.....	339
Ribot.....	El Yo.....	129
Richet.....	El Yo.....	128
Roscoe Thayer, W.....	Gratitud.....	347
Rozaven, P.....	199
Salaverría, J. M.....	Faldas cortas.....	459
Saldaña, Quintiliano.....	Ors y Coimbra.....	291
Sanin Cano, B.....	Del Estado.....	461
Spencer.....	Adm. de justicia.....	409
Stolz, Karl R.....	Ouija board.....	82
Taine.....	Lo que debemos.....	204
Torre, Fncó. de la.....	Alma mater.....	290
Toulouse, Dr.....	De la inteligencia.....	259
Unamuno, Miguel de.....	Instrucción.....	3
Varona, E. J.....	Pequeños Estados.....	267
Vasconcelos, José.....	Divina Comedia.....	11
Vaz Ferreira.....	Control malo.....	231
Wiggam, A. E.....	Decálogo de la ciencia.....	233